

Sur y Norte, barro y sangre...



Cielo del Sur imaginario. Sur, signo cardinal de las promesas incumplidas. Y Sur de los futuros muy lejanos, demasiado, demasiado muy lejanos...

Sur de barrio pobre, en su presente de “*siempre*” en presente.

Sur, donde en cada ganas de hacer se corre un riesgo y sin embargo siempre, siempre, es toda una ilusión. Sur, que fue su cuna arrabalera, como una posibilidad cualquiera entre las tantas y tantas coordenadas.

Barrio sublime de su infancia. Cada tanto pasaba una canción, haciendo mil curvas y piruetas por el cielo. Una nube que flotaba, descolgándose entre azules, reclamaba ser el signo supremo, del sonoro silencio, del universo eterno. Una sinfonía de palabras, se descolgaba riendo del horizonte de ventanas, coqueteando y reverberándose desnuda, en esa cita alejada de zaguanes, nocturna y celestial.

Caminando por el borde de sus calles, procurando no destruirle su magia y no aburrirse, se asomaba al sentimiento que anidaba, en todas aquellas olvidadas emociones. Leyendo entre los tantos y tantos colores del silencio, silencio eterno de sus noches, soñando entre esos sueños que nunca más se le vencían, su barrio era la reina de los mundos olvidados y remotos, que trataban de robarle los recuerdos.

Casa de pobreza era la suya. Techo de pobreza que en las lluvias, llovía por afuera y llovía por adentro. Belleza de una caligrafía negra, escrita sobre el mismo papel de seda ordinaria de la vida, mientras se llueven y se llueven, los miles de pájaros del cielo...

Su madre pobre vivía en esa pobre casa, de su pobre Barrio Sur. Su madre siempre fue una buscadora de bellezas, entre hombres sin muchas ilusiones, entre jóvenes sin muchas esperanzas, y entre mujeres cristalinas aunque medio, medio bobas. Mujer que no aceptaba el ser cortejada a lo grosero, y mucho menos conquistada a lo brutal. Piel mutante, donde los veranos le habían dejado sus mil marcas y los inviernos, profundas cicatrices.

Ella, en cambio, limpiaba la inmundicia “*insacable*” de las casas de los ricos. Encadenando en su condena a sus palabras dulces, a los árboles entre las tinieblas grises, que no le dejaban nunca que cantase, ni sus penas y ni siquiera sus desdichas. Alma ciega, secuestrada por fantasmas, que era cautivada siempre en su tristeza más eterna. Pero el árbol de la duda y del *¿qué hacer?*, le crecía y le crecía por adentro, pues era el árbol mismo del cual ya le nacían, todas sus ideas y palabras.

Ángeles y demonios, disputándose a la niña solitaria, que flotaba sobre el fondo negro de su pasado y su presente... Voces lejanas y muy sucias, deambulando por el laberinto de sombras y sonidos. Prisionera del tiempo. Negro alquitrán el de su alma, cuando estaba tocándole hasta el fondo.

Y la mala muy mala, se apareció una noche. Era una perra mala, con olor a perra mala, que se jugaba por el caos, esperando que el tiempo le ordenase todo. Amarga sensación de desperdicios y de absurdos, mitigada en el hecho de ser rica y nada más.

- *¡Nena, a ver, date la vueltita...!* - exhaló sus palabras de “*madama*”, palabras mezcladas con el humo arrogante de un cigarrillo fino, que le apuntaba para arriba.
- *Se le va enfriá el café, doña...* - acotó humilde la pobre del pobre Barrio Sur, mientras le daba la vueltita requerida.
- *¡Mmm...! ¿Sabías que tenés un culo como para hacerlo plata, platita...?* - y le mostró su saña de dinero, refregando su pulgar sobre la punta de los dedos, inundando en chillones de esmaltes nacarados, y ahogados, asfixiados, en el brillo dorado de brillantes y de anillos...

Vivir ente el barro y la pobreza Sur, casi, casi que es lo mismo. No te da opciones, ni perdona. Vivir en una pobre casa de pobres entre pobres, con el techo de pobres más que pobres, es pasaporte seguro para ser la reemplazante obligada de su madre. Es quedarse mirando el tiempo que se va, parapetada tras un mate, hecho con la yerba robada de la casa de los ricos...

Y el Norte se le hizo manicura, y aprender mejor a caminar. El Norte se le hizo peluquera, vestiditos cortos, una bombacha diminuta y aprender a hablarles con dulzuras a los clientes. El Norte le estalló en cientos y cientos de besos bien pagados, en piernas que se abrían cotizando y en - *probate un poquito de esto, que te da más aguante... así atendés más clientes...*

El Norte fue promesa concreta de presente. El Norte fue sentirse tratada como diosa. Fue una lluvia cariñosa de estrellas, fue una catarata interminable de miles y miles de colores, fue un estallar de sensaciones. Un vacío de noche, iluminado en la seguidilla de las nadas, que parecen rellenar solo a las nadas... todo, todo, rellenando y apagando, a las ausencias que no están. Todo y nada, es nada y todo... nada y todo.

Pero en el Norte, los techos son de techo, y los techos no se llueven... En el Norte sobra la champaña, revolcada como loca entre las sabanas, creyéndole y creyéndole a la seda. En el Norte, se siente que es el Norte y se siente también, que el Norte no es el Sur. No es el Sur...

Pero el Sur tenía un defecto más, que ella nunca lo supo averiguar. Al Sur, al Sur de barrio pobre, después de muchos años, se lo extraña y se lo extraña mucho, mucho, mucho, mucho... Se lo extraña, demasiado... El Sur del cielo Sur, esta embrujado. El Sur te llama, con sus cantos de sirenas... y tal como a ella le pasó, en un día de nostalgias y añoranzas, se largó a caminar por sus barros y ventanas.

Y se fue de visita al Barrio Sur de sus recuerdos. Caminó sus cortos vestiditos, coqueteando en su blanca intimidad, arrastrando sus anillos bien dorados y sus labios, rojos más rojos que la sangre. Caminó, caminó y caminó... caminó hasta que su sangre, se quedó pisoteada entre los barro, sus cabellos de oro mezclándose en la hierba de una zanja putrefacta de barrial. Y un puñal de doble filo, empuñadura de madera dolorosa, intenciones del afano y la bronca reprimida de las pituconas locas... esa tarde, bien de tarde, le reconoció las tripas y le robó la vida.

Cielo rojo del rojo Sur imaginario. Sur, signo cardinal de las promesas incumplidas. Y Sur de los futuros muy lejanos, demasiado, demasiado muy lejanos...

Sur de barrio pobre, en su presente de “*siempre*” en presente.

Sur, donde en cada ganas de hacer se corre un riesgo y sin embargo siempre, siempre, es toda una ilusión. Sur, que fue su tumba arrabalera, como una posibilidad cualquiera entre las tantas y tantas coordenadas.

Fin